



«EL PASADO QUE CAYÓ DEL CIELO»

Iván Molina Jiménez

La explosión despertó a la comunidad. En su memoria, el único sonido parecido a lo que acababan de oír era el trueno, pero este estallido era muy distinto. Casi de inmediato, las más fuertes recogieron las lanzas con punta de piedra y se aprestaron para el combate, mientras el resto retrocedía cautelosamente en procura de la seguridad que ofrecía el fondo de la cueva. Esperaron ansiosas una nueva detonación, pero solo se oía el desolado correr del viento. Poco a poco, las que estaban a la vanguardia adelantaron filas. Al alcanzar el umbral de la caverna, quitaron la pesada armazón de ramas y bejucos que servía de barricada y observaron a lo lejos unas inmensas llamas que consumían parte del bosque.

Todavía el fuego las maravillaba porque desconocían cómo controlarlo. Sabían que al golpear una piedra contra otra se producían chispas, pero lo asociaban principalmente con los árboles que se quemaban luego de ser alcanzados por un rayo y con la combustión espontánea que podía ocurrir durante los meses de sequía. Entonces, los días se volvían más largos, el calor resultaba insoportable y los paisajes se apergaminaban. De súbito, la vegetación mustia, de colores amarillentos, ardía. Por más distante que estuviera el incendio, después de un rato el aire empezaba a oler diferente, mientras una nube gris se empeñaba en escalar el cielo y briznas blancuzcas y cenicientas flotaban en todas las direcciones.

Sin embargo, el resplandor rojizo que ahora se reflejaba en los ojos de las que miraban con preocupación el fuego distante no era producto de una tormenta eléctrica: el cielo estaba despejado y repleto de estrellas. Tampoco se podía atribuir a la acumulación de semanas de temperaturas sofocantes. De hecho, el viento que azotaba sus rostros ya había perdido la calidez que tenía noches atrás. Pronto tendrían que volver a abrigarse con las pieles de esos animales para los que todavía no existía un nombre, mientras veían cómo las

hojas de los árboles desaparecían, los pájaros emigraban y la tierra se preparaba para cambiar de color, sometida por el imperio uniforme de la nieve.

Una de las más jóvenes se adelantó un paso, pero fue obligada a retroceder por las demás. Con gestos y gruñidos le recordaron que, en la noche, era cuando las fieras, cuyos ojos no soportaban la luz del sol, aprovechaban para cazar. Contra esos depredadores, de poco servían sus lanzas, no solo porque las superaban en tamaño y atacaban en manada, sino porque eran muy rápidos y su piel era difícil de penetrar. Su mejor defensa, en el excepcional caso de ser sorprendidas por las horas de oscuridad, era que unas se sacrificaran, al resistir todo lo posible, mientras el resto trataba de ponerse a salvo. De estar en el bosque, su mejor opción era subir a las ramas más altas de los árboles y esperar allí a que amaneciera.

*

Apenas el alba empezaba a asomarse sobre el horizonte comenzaron a bajar la ladera. Eran diez. Venían una detrás de la otra, aún no completamente erguidas. Una vez en la planicie, se dirigieron al arroyo que servía de frontera al bosque. Se detuvieron un momento, dejaron las lanzas en el suelo, desataron las calabazas que colgaban de sus cinturas y se aprovisionaron de agua. Al reiniciar la marcha, apuraron el paso. Su concepto del tiempo y la distancia era todavía impreciso, pero sabían que debían alcanzar el sitio de la explosión –del que todavía se desprendía una densa columna de humo– antes de que el sol estuviera en la mitad del cielo. De lo contrario, se corría el riesgo de que el anochecer las encontrara, al límite del agotamiento, en el empinado camino de regreso a la cueva.

Dos eran sus responsabilidades fundamentales. Ante todo, las labores de caza, principal medio para conseguir carne y pieles para el consumo propio, pero también para posibilitar el intercambio, dos o tres veces al año, con las comunidades vecinas, que disponían de hierbas medicinales, semillas, sal y otros productos. De igual importancia era proteger a las recolectoras, cada vez que se adentraban en el bosque en busca de miel, cera, huevos y frutas, o cuando pescaban en el río o el lago. Aunque rara vez ocurría, los depredadores podían –acuciados por el hambre– mantenerse al acecho inmediatamente después del amanecer o abandonar sus madrigueras temprano, al caer la tarde.

Ciertamente, durante la época de la nieve, todavía era posible cazar, pero el esfuerzo era mayor, los riesgos se multiplicaban y se obtenían pocas piezas. Por eso, era indispensable avituallarse antes de que empezara a enfriar. Al primer indicio de que la temperatura comenzaba a descender, las adultas intensificaban la cacería y la recolección, mientras las ancianas y las jóvenes se dedicaban a preparar tasajo –colocaban el producto al sol durante algunos días–,

a deshidratar otros alimentos y a tratar las pieles. Luego de estirarlas, utilizaban raspadores de hueso para remover todos los restos de grasa y carne; de seguido, las lavaban, las secaban, las tensaban y las ablandaban con mazos de piedra, y repetían el procedimiento varias veces.

Prepararse para la nieve significaba también estar listas para la temporada de partos. Todo empezaba durante el deshielo previo, cuando la palidez de los paisajes se derretía, los árboles recobraban sus colores, los días renovaban promesas de calidez y el aire volvía a abundar en aromas. Entonces, algunas empezaban con náuseas matutinas y otros malestares; unas semanas más tarde, ya era visible el crecimiento del vientre. Con el avance de la gestación, su contribución a las tareas comunitarias tendía a disminuir: levemente si el cuerpo se adaptaba sin dificultades a su nueva condición; de modo abrupto si el embarazo se complicaba. Al retornar la nieve, se producían los primeros nacimientos y por toda la cueva se esparcía el inconfundible olor de la cera de abeja, que utilizaban para desinflamar los pezones.

Después del primer parto transcurría un prolongado período de tiempo antes del siguiente, si es que lo había. A lo largo de sus vidas, la preñez sucedía pocas veces, incluidos los abortos espontáneos. Puesto que algunas nunca resultaban autofecundadas o fallecían todavía en edad fértil, el crecimiento era lento. Al no disponer de suficiente población, la comunidad carecía de la cantidad de mano de obra indispensable para profundizar la división del trabajo e incentivar la realización de tareas de mayor especialización y alcance. Sin embargo, la desproporción a favor de las adultas tenía un efecto que reforzaba los vínculos grupales: podían dedicar más tiempo y recursos a las labores de cuidado de las menores y de las que llegaban a la vejez.

*

Asentarse en lo alto de una colina suponía el esfuerzo adicional –sobre todo para las ancianas– de los constantes ascensos y descensos, todavía más fatigosos cuando debían subir a la cueva con las piezas cazadas, las calabazas con agua o los zurroneos repletos de diversos productos. En compensación, radicarse allí les proporcionaba algunas ventajas fundamentales: podían vigilar una extensa parte de la planicie, desalentaban la incursión de los depredadores (su coordinación motora disminuía en pendientes) y se mantenían a salvo de las inundaciones y los tornados. De los diversos desastres naturales, la furia de estos últimos permanecía fuertemente arraigada en la memoria comunitaria.

Sabían reconocer la inminencia de la amenaza por el color verdoso oscuro que –de un momento a otro– adquiría el cielo, la formación de nubes intimidantes a baja altura, los retumbos producidos por los truenos, la deslumbradora repetición de los relámpagos, el latiguo incontenible de los

rayos y la caída abundante de granizo. De encontrarse a campo abierto o en el bosque, el margen de maniobra de que disponían era muy limitado. Podían tratar de regresar a la cueva lo más rápidamente posible o, según fuera la distancia a que estuvieran del embudo, esperar a ver si tocaba tierra y qué rumbo seguía para correr en la dirección opuesta en busca de algún refugio natural, como un socavón o una quebrada.

Dado que los tornados eran frecuentes, la amplia experiencia acumulada les había enseñado que debían acostarse boca abajo para evitar que los escombros las golpearan, mientras se protegían la cabeza con los brazos. Al recordar posteriormente lo sucedido, lo revivían como un momento terrible e interminable durante el cual sus cuerpos se tensaban, apretaban los dientes con todas sus fuerzas, cerraban los ojos al borde de las lágrimas y trataban de no escuchar el estruendo que reclamaba su derecho a devorarlas. Pasado el peligro inmediato, se levantaban con cautela y, si se encontraban en una parte del bosque arrasada por el torbellino o tenían que atravesarla, extremaban aún más las precauciones para no ser víctimas de sus principales secuelas: árboles y ramas a medio caer.

Luego, de no estar próxima la noche, aprovechaban las horas que quedaban del día para explorar empeñosamente las inmediaciones del área devastada, en busca de animales muertos. A veces, eran pocos los que lograban localizar; pero más a menudo el problema era exactamente lo contrario: había demasiados. En tales circunstancias, cargaban los que podían y, muy a su pesar, abandonaban el resto a las fieras. Una vez que la oscuridad extendía su sombra para uniformar todos los colores del bosque y la planicie, entre los depredadores se iniciaba una competencia implacable. Desde la seguridad de la cueva los escuchaban rugir por largo rato, mientras se disponían a conciliar el sueño.

*

Al acercarse al sitio de la explosión, se detuvieron por unos minutos en lo alto de una loma y observaron con atención. Tenían ante sí una devastación que, al principio, les hizo evocar la producida por un tornado; pero pronto se percataron de que difería en varios sentidos. Lo primero que llamó su atención fue que un trecho del bosque, más largo que ancho, había sido completamente arrasado, como un corte practicado en línea recta; a los lados, se apilaban pedazos de ramas y troncos, todavía humeantes. No les fue difícil discernir, al fondo, una extraña depresión del terreno de la que todavía se desprendían llamas en vías de extinción y rodeada por un área circular de árboles quemados.

Según su experiencia, el fuego y los tornados nunca iban juntos, una desconexión que se acentuó a medida que empezaron a descender de la loma y descubrieron, en el humo dispersado por la brisa, olores a los que estaban

acostumbradas –el del follaje y la madera consumidos por un incendio–; pero también aromas con los que se topaban por primera vez, los cuales pronto irritaron sus ojos, fosas nasales y gargantas. Tampoco encontraron animales muertos que pudieran aprovechar, pero sí escombros de un tipo completamente desconocido: no eran de madera, piedra, hueso o bejuco, sino de materiales jamás vistos. Además, tenían formas y acabados que desbordaban los límites de su memoria.

Precavidamente recorrieron el trecho devastado. La tierra quemada, todavía caliente, se sentía como la arena de la orilla del lago, pero era negra y envolvía la planta de sus pies en una capa de ceniza. Sin mirar las huellas oscuras que dejaban tras de sí, alcanzaron el borde del cráter. Al asomarse, entre las llamas próximas a desaparecer, se toparon con algo completamente inesperado: se vieron a sí mismas observándose con asombro. Su reflejo se repetía en múltiples fragmentos de diverso tamaño. Tal experiencia no les era del todo extraña: cuando pescaban o recogían agua para abastecer sus calabazas, solían contemplar en la corriente inquieta la ondeante fisonomía de sus rostros y el interminable vaivén de sus cuerpos.

Ahora, sin embargo, había algo novedoso: el reflejo no se bamboleaba con el fluir del río o el caprichoso soplo del viento sobre la superficie del lago, sino que permanecía estable y preciso. Después de algunos minutos en que desafiaron a las que las miraban desde el fondo del cráter a repetir sus movimientos, emprendieron el camino de regreso a la cueva. No se despidieron porque su intención era volver al día siguiente, cuando el fuego ya se hubiera extinguido. Entonces, reclamarían los restos de un espejo que fue construido miles de años antes, como pieza central del telescopio espacial más avanzado y potente de su época, para despojar a las estrellas más distantes de sus secretos más ocultos.

IVÁN MOLINA JIMÉNEZ (COSTA RICA, 1961). Catedrático de la Escuela de Historia e investigador del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA) de la Universidad de Costa Rica. Autor, coautor o editor de numerosos estudios sobre historia de Costa Rica, en particular, y de Centroamérica, en general. En el género de la ciencia ficción ha publicado varios libros de cuentos cortos y algunos de sus relatos han sido incluidos en recopilaciones y revistas publicadas en México, Nicaragua, El Salvador, Colombia, Perú, España, Argentina, Cuba, Alemania y Brasil.